

«Un total de 23 personas, 13 niños y 10 adultos, han muerto en Vorónezh, una región de Rusia central, de una intoxicación por ingerir setas comestibles que pudieran haber experimentado una extraña mutación por las radiaciones de una central nuclear situada en la zona. 170 personas más han enfermado. Aunque las noticias son muy confusas, las autoridades sanitarias de esta región han señalado que se trata de una sustancia desconocida hasta ahora. Las autopsias realizadas a los fallecidos muestran importantes lesiones en el hígado y los riñones». Toda la noche estuve dando vueltas en la cama, y me desperté sudando la pesadilla.

Aquel grupo de soldados  
recién amanecido se calentaba alrededor  
del fuego. Piotr cocía los sombreretes rojos de las  
oronjas, removía el líquido viscoso y avivaba su fuego. El rudi-  
mentario alambique pasaba esa sopa, gota a gota, sobre un agua blan-  
quecina de azúcar candé. Los cosacos miraban a Piotr y miraban la pócima.  
Se reían convulsivamente, con la ansiedad propia de quien espera algo milagro-  
so. Ninguno de ellos tomó nunca aquel brebaje. Piotr sí, él era de la tierra  
donde luchaban, Kamchatka, y sabía de las propiedades de la  
muchamor para animar el com-  
bate. Em-  
pezó a pa-  
sar el cazo  
mofándose  
del temor en las  
caras de los com-  
pañeros. Los alema-  
nes llamaban  
*Berserkerwut*  
al furor bélico  
que aquel li-  
cor provoca-  
ba. Todos  
lo bebieron,  
lo rieron, grita-  
ron, bailaron y  
asesinaron.

El paseo de cada  
mañana llevaba a Raimundo  
hacia los claros del bosque. Bus-  
caba excrementos de animales y co-  
mo la guerra había sacrificado la mayoría  
del ganado, tenía que ir a buscarlos allí, a la  
selva que escondía las montañas y los anima-  
les salvajes. Recolectaba entintadas, barbudas  
o maticandiles, ejemplares ya maduros, que cre-  
cían entre los residuos de las bestias. En época de  
escasez, estos hongos le proporcionaban la sustancia  
adecuada para la fabricación de una tinta excelente.  
Con una pizca de clavo añadida al líquido que las setas  
sudaban, se conseguía una tinta similar a la china. Con  
algunos restos de goma arábiga añadidos a la mezcla, la  
fijación era, además, perfecta. Y es que Raimundo no po-  
día permitir que la guerra detuviera su novela. La mayor  
parte del día la pasaba encerrado en su carromato, escri-  
biendo sin cesar y escribiendo sin cesar. Sus historias es-  
taban escritas con una seguridad pasmosa, irritante, hasta  
tal punto que él mismo no entendía el porqué de aquella fama  
de raro, de extravagante, hasta de peligroso. Cada noche, Rai-  
mundo repetía sus hábitos con el mismo rigor que cada ma-  
ñana. Bajaba al pueblo más cercano, a última hora del día. Se  
encerraba en alguna de las tabernas de las afueras, y metódi-  
camente se dedicaba a beber ginebra. Él no era demasiado  
feo, pero su rostro adornado por edemas enroje-  
cidos lo obligaba a pagar a las  
mujeres. Ninguna creía  
que aquellas manchas  
tuvieran relación con  
el hecho de escribir.  
Raimundo les decía  
que las novelas y la gi-  
nebra, mezcladas, siem-  
pre tuvieron mala litera-  
tura. Al volver al carro,  
a altas horas de la noche,  
vomitaba abundantemente.  
Comía, después, alguno  
de los huevos de setas  
jóvenes que siempre  
traía de sus recolec-  
ciones. Y despierto,  
esperaba el  
nuevo día.

En 1952,  
tres muertes a lo largo  
del mundo se vinculan por una misma sintoma-  
tología. En Australia, las ineficaces medidas de seguridad del ejército  
inglés provocan la muerte a varios aborígenes, al ser irradiados en  
la zona de pruebas de la primera bomba atómica británica. En Polonia, dieci-  
nueve personas mueren intoxicadas por ingerir el cortinario de montaña, *cortina-  
rius orellanus*, durante una comida campestre. En Tejas, un indio americano se vuel-  
ve loco y se envenena junto a su familia después de contemplar por televisión la  
retransmisión en directo de una explosión nuclear. Tenemos dos explosiones nucleares  
y una seta. Un envenenamiento que podríamos llamar intencionado y otro, inocente,  
pues el cortinario de montaña se estimaba comestible hasta la fecha. Además, el término  
*orellanus*, que describe al hongo por su color rojizo, proviene de la bija orellana, una  
planta tropical de la que los pieles rojas extraían su tinte corporal y su apelati-  
vo. Las tres muertes fueron en grupo, casi rituales,  
y todas entre los veinte y los sesenta días  
después de la intoxicación. Los  
síntomas tienen comienzo  
con vómitos  
y diarreas, do-  
lores gastroin-  
testinales, su-  
doración exce-  
siva, deshidra-  
tación y sed  
ardiente, molestias  
lumbares, calam-  
bres y temblores,  
irregularidades en  
el flujo de la orina,  
sabor metálico en  
la boca, cefalea,  
somnia, insu-  
ficiencia renal, fuer-  
te palidez, pausas de  
aparente bienestar,  
hinchazón bajo los  
párpados, anorexia,  
náuseas, calambres  
epigástricos y mus-  
culares, pérdida de  
las fuerzas notable,  
sopor, estado de  
coma profundo  
y muerte.

		19 de vendi- miario. La supre- sión de la constitu- ción en Francia da lugar a la perse- cución de to- dos los con- tra- re- vo- lu- cio- na- rios.		
20 de ven- dimiario. Pierre Bulliard, eminente micólogo, es detenido en su casa de París, sospechoso de prac- ti- cas con- tra la ra- zón y el orden.	26 de ven- dimiario. Un es- cribano de Aubepie- rre, paisano de Bu- lliard, lo reconoce y lo acusa de traidor por con- ni- ven- cia con la aris- to- cra- cia.	1 de brumario. Un grupo de heber- tistas asalta la pri- sión y se lleva a una parte de los prisioneros. Bu- lliard va en- tre ellos, sin sa- ber su suer- te.	25 de ven- dimiario. El co- mité revolucionario estima la alegación de Bulliard y apla- za su conde- na. Aun así man- tie- nen su per- ma- nen- cia en la cárcel.	22 de vendi- miario. El autor de <i>Histoire des Cham- pignons de la France</i> acusa a su editor del <i>gra- cias a dios</i> que apa- rece en su pre- fa- cio.
	3 de bru- mario. Esa ma- drugada es colgado de un pino Pierre Bu- lliard, en pocos mi- nutos expi- ra con el mis- mo si- len- cio que man- tuvo toda su vida.		4 de brumario Una colonia de <i>Marasmius bulliardii</i> puebla la rama donde permanece colgado su descubridor, igual que la <i>Himeola auri- cula judae</i> creció en el sau- co donde ahorcaron a Judas.	2 de brumario. Él, junto a dos condenados más, es conducido hasta un bosque de pinos cercano. Son atados a unos árbo- les, mien- tras, sus cus- to- dios comen y be- ben.

*Una  
manera de hacer  
música, estudiar a Duchamp.*

John Cage recibió la siguiente nota:  
«Querido John, Cuidado Otra seta ve-  
nenosa. Marcel». La *Armillaria  
mellea*, elegida por Cage para brin-  
dar a su amigo, es un peligroso  
parásito de color miel que  
acaba por matar los árboles  
de los que vive. Co-  
mestible aprecia-  
do, una vez cocido  
adopta diver-  
sas formas según  
la especie que habite,  
pero, a lo largo de su  
crecimiento puede  
confundirse con  
otros hongos vene-  
nosos. Primero, muy  
joven, con la indigesta  
*Hypholoma fasciculare*.  
Al poco tiempo, con  
ejemplares tempranos de  
*Cortinarius orellanus*,  
seta mortal. Ya madura, con  
la *Pholiota squarrosa*, de tex-  
tura y olor nauseabundos. Ple-  
namente desarrollada puede  
confundirse con ejemplares  
jóvenes del amargo *Tricholo-  
ma vaccinum*. Pueden encon-  
trarse más casos ejemplares  
en cualquier libro  
sobre setas.

Esta es la  
historia de dos pueblos. Ambos  
compartían el mismo espacio geográfico; valles y  
mesetas, rodeadas de bosques de frondosas hayas. Un mis-  
mo manantial surtía de agua a las dos poblaciones. La producción  
de trigo, aceite y vino era riqueza común. Las calles de estos dos  
pueblos participaban de un similar diseño, en él se aunaban el  
orden racionalista con la memoria histórica. Los vecinos de  
las dos villas disfrutaban de una organización social asamblearia. Esta-  
ban dirigidos por organismos democráticos, en los que todos  
iban a compartir responsabilidades. Los delitos,  
si es que algún comportamiento  
humano recibía ese nombre, se  
reducían al mínimo. Las enfer-  
medades eran las propias de  
la diversidad de los ciclos  
biológicos. Las fiestas se  
repartían a lo largo  
del año, según el  
cambio de las es-  
taciones. Ambas  
comunidades  
producían un  
excelente vino.  
En los dos  
pueblos había  
ávidos lectores  
y estupendos  
gastrónomos.  
Amor, paz y  
armonía llena-  
ban sus vocabu-  
larios. El tiempo  
lo medían con  
las pulsaciones  
del corazón.  
Pero unos co-  
nocían a la  
*Cantharellus*  
*cinereus*  
como  
Cuerno  
de la A-  
bundancia,  
y los otros  
como Trom-  
peta de los  
Muer-  
tos.

Con el desem-  
 barco de las  
 tropas aus-  
 tralianas en  
 Burdeos, en  
 1914, venía  
 una inva-  
 sión distinta. Millones de  
 esporas de la *Anthurus archeri*  
 fueron trans-  
 portadas en el pelo  
 de las caballerías  
 del cuerpo del  
 ejército colonial. El hongo austral  
 acompañó a su  
 vehículo, pri-  
 mero a París, y desde  
 allí, se distribuye-  
 ron hacia las riberas del río  
 Mosa, la re-  
 gión de Lorena, Épinal, Estrasburgo y Mul-  
 house. El *Anthurus archeri* o *Anthurus aserceformis*  
 es un exótico hongo de forma estrellada, color rojo in-  
 tenso, salpicado de dibujos negros, que desprende un  
 olor nauseabundo. Se desarrollan en otoño, y estaban  
 amarilleando los bosques cuando llegaron a las orillas  
 del Rin, cerca de Mulhouse. Comenzaron a cre-  
 cer en los bosques de Colmar, Guebwiller y  
 Thann, en grandes manchas rojas que a menudo se con-  
 fundían con los restos que dejó en la retirada el ejército  
 aliado. Los cadáveres putrefactos competían en hedor con  
 la gleba olivácea de los basidios. Una de las extrañas leyen-  
 das que circularon en los alrededores de Mulhouse identificaba el fuerte y  
 repelente olor de los bosques cercanos a Thann como el resultado de una ma-  
 tanza de prisioneros franceses por parte del Cuerpo de la Guardia Real de Ar-  
 cheros húngaros, poco después de la batalla de agosto de 1914. La relación que  
 podría establecerse entre el cuerpo de Archeros y los micelios es errónea, pues el  
 nombre de los hongos procede del micólogo irlandés William  
 Archeri, y no del archa, lanza  
 moharra es una larga cuchilla,  
 portaban los soldados magia-  
 La histo- ría debe formar parte  
 la campa- ña de infundios y patra-  
 ñas que los científicos alemanes, bajo  
 el nacional- socialismo, llevaron a cabo  
 con el fin de dotar al pueblo alemán de una  
 cultura micológica popular de la que carecían. Entre otras  
 falsificaciones, dotaron a cada seta de un nombre común, traducien-  
 do directamente del latín los nombres de cada hongo. Así,  
 la *Anthurus archeri*, la hubiesen llamado *lanza de pétalos*  
 o *corona de archas*.

De su  
paso por  
la Patagonia, Char-  
les Darwin quedó profun-  
damente impresionado por  
dos cosas; primero, por la visión  
de los fueguinos absolutamente des-  
nudos –*la vista de un salvaje desnudo  
en su tierra natal es algo que no se  
puede olvidar nunca*–; segundo, por  
el hecho de que entre todos los  
vegetales solo consumieran  
hongos crudos –*de un sabor  
mucilaginoso y ligeramente  
dulce*–, recolectados en los bos-  
ques junto a algún tipo de fruta.  
Años después, no conociéndose  
bien las causas de estas coinci-  
dencias, tomó esta coheren-  
te decisión. Una mañana, al  
volver del invernadero don-  
de tan metódicamente traba-  
jaba, llamó a su despacho a la  
señorita Wilberforce, ama de  
llaves e institutriz de sus hijas,  
y le ordenó que todas las ma-  
ñanas, y siempre antes que sus  
hijas pudieran despertar y bajar  
a las cocinas, muy temprano, sa-  
liera al jardín con la carretilla y  
diese una vuelta por el mismo,  
recogiendo y eliminando todos los  
hongos que allí encontrase, espe-  
cialmente aquellos falaceos, y en con-  
creto los *Phallus impudicus* que tan-  
to abundaban entre las rosaledas al  
final del verano y durante el otoño,  
por lo indecoroso y poco ins-  
tructivo que su hallazgo  
y visión pudiera  
resultar para  
las niñas.

Hom-  
bre de  
Hauslab-  
joch, hom-  
bre de Oetz-  
tal, hombre  
de Similaun,

hombre del Tirol u

hombre de los hielos. Para

familiarizarnos, deberíamos abreviar

su nombre. Pongámosle Guzmán. Guzmán

es un buen nombre. Apropiado para alguien

con costumbres tan cercanas al pueblo celta.

Guzmán era el artista de la aldea. Alguien con

posición preminente, casi una figura religiosa en la

comunidad. Si lo sorprendían en su trabajo, el castigo podía

llegar a la condena a muerte. Además, gozaba de la más absolu-

ta libertad; faltaba el respeto a cualquier cazador o se aparejaba con

quien fuera del poblado. De niño había sido castrado por su maestro, como par-

te de los ritos de aprendizaje de su iniciación. También fue tatuada su piel. La cruz,

la recta y el círculo poseían los atributos mágicos necesarios para sus artificios. Guz-

mán había estado trabajando en una nueva escultura. Un nuevo poste, más vivo, más

real, con el que representar las ceremonias que cada año celebraban el triunfo del Oso.

Era el evento político más importante. Cada año se superaba a sí mismo en inventiva y

creación. Todos lo conmemoraban. Empezó cosiendo tiras de piel y malezas, para ir

conformando el cuerpo. La cabeza la ocupaba un cráneo de oso cubierto de barro y

grasa. Un mecanismo la haría moverse. En la boca, un trozo de yesquero, una seta

utilizada para encender fuego, hacía las veces de lengua, imitando así el vaho del aliento

y provocando la ilusión de las palabras ardientes, el momento en el que el rugido del

oso se fundía con las sílabas mágicas de su lengua, la a, la r, la g. Presentar un oso

abatible, para humillarlo y castigarlo, ese era su cometido. Pero la ceremonia fue un

fracaso. El yesquero prendió con demasiado vigor, y toda la figura del oso salió

ardiendo. Su actuación en ese caso tendría que haber sido clara. Debería haberse

arrojado al fuego e inmolarsse con la figura. No fue así. Ante la sorpresa y el pavor que

las llamas causaron, Guzmán echó a correr. Cogió lo primero que tenía a mano. El

hacha de cobre, restos de piel de los animales, yesquero, algunas hierbas y a-

mapolas. Corrió hacia las montañas, mientras en el pueblo reaccionaban.

Había roto la ley, tenía que ser castigado y grupos de cazadores fueron

en su busca. Lo avistaron en la falda del monte Oetztal. Alguno

incluso dice que lo hirió de flecha venenosa. Guzmán, con algún

rasguño que curó con apósitos de yesquero, el mismo hongo

que le cerró las heridas cuando fue castrado y que encendió la

llama que le había condenado y también liberado, siguió su-

biendo. Un frío terrible se apoderó de él, un frío de

adormidera. Somnoliento, se abandonó

a la vida y a la muerte.

Acaso  
sea una falacia pensar  
que la forma, por sí misma, tiene  
una eficacia semiótica, es decir, significa como  
un lenguaje cualquiera. En realidad, se trata de un espejismo  
cultural. Una forma no habla, aunque sí, efectivamente, puede leerse. Así,  
la amanita muscaria, por ejemplo, que a veces imita setas comestibles, se hace naranja  
como la amanita cesárea, y entonces podríamos decir que habla. Es decir, que cuando la  
comemos y sufrimos dolor de estómago y alucinaciones en realidad es la seta la que está  
hablando. Esa forma, que tiene las mismas irregularidades de nuestras letras en el  
sombbrero, las mismas rugosidades tipográficas, toma un color siempre más po-  
tente –si se trata de anaranjado es casi el naranja de las naranjas–, brillante  
y atractivo. De hecho  
su capacidad de llamar  
la atención parecería estar  
pensada especialmente para la  
especie humana. Es decir, que los  
animales, por poner otros posibles  
predadores, no las encuentran tan  
apetecibles como los humanos,  
especialmente los niños y  
niñas humanos.

En ese  
mismo sentido había  
reflexionado Walter Benjamin  
con las diferencias entre la producción  
de mercancías en el mundo antiguo y en el mundo  
moderno. La nueva mercadería se presenta, fundamental-  
mente, como una imitación brillante del viejo objeto artesanal. En un primer  
momento, el consumidor prefiere el nuevo y falso útil no por su eficacia sino, sencil-  
llamente, por su propia y vacía novedad. Pero ese mecanismo, a fuerza de repetirse,  
acaba por dejar obsoleto al objeto antiguo y es su falsificación, obsolescente, como de-  
nunciaba Günther Anders, la que toma la preminente forma de la mercancía. Ten-  
gamos en cuenta que este proceso se repite incesantemente hasta llegar hoy  
en día a una calidad ínfima y a una inadecuación absoluta para su uso  
original. De esta manera,  
podríamos decir que el  
enano escondido dentro de la  
máquina de ajedrez, que significa  
el materialismo histórico, no es ya la  
teología sino, sencillamente, el gnomo,  
con su capucha roja, imitando el color  
de la muscaria, el enanito de yeso  
pintado que se pone en porches  
y jardines, ese engorro con  
el que tropezamos.

En  
algún momento  
la jeta, o sea, el hocico  
se convirtió en seta. Todavía  
el lunfardo guarda esa acepción  
germanesca, no de Alemania, sino de ger-  
manía. La jeta, es decir, la cara, empezó por el  
hocico. Es propio del olfato animal, las famosas cerdas  
truferas, por ejemplo. Y de ahí, por la preminencia en el rostro, ha  
acabado por apelar a toda la cara. ¡Qué jeta tan dura!, ese es  
el sentido  
pero de eso  
mismo,  
de ir arras-  
trán-  
dose por el  
suelo. Así,  
algunas ve-  
ces, dar de  
bruces en el  
suelo o, tam-  
bién, oler suelo.

El mecanismo es  
tan impropio del lenguaje  
figurado que cuesta imaginar  
cuándo y dónde «jeta» se convirtió  
en «seta». En la novela picaresca se dan,  
sin embargo, este tipo de extravagancias.  
Corominas lo llama «corrupción»  
del lenguaje y él mismo da para  
«seta» esa acepción: cosa  
podrida y de ahí, mo-  
ho, verdín y el hon-  
go llamado seta.

Así, «seta»  
de «septa»  
como sep-  
ticemia o  
antisép-  
tico, mis-  
mamente,  
«fosa sép-  
tica».  
La se-  
ta más  
jer-  
ga que  
len-  
gua.

El micelio:  
buscar las raíces  
es la forma subterránea  
que adopta el aéreo irse  
por  
las  
ra-  
mas.